

1702.

—El 24 de julio, mortandad y sublevacion en las Cevenas. El historiador de esta revuelta¹ la atribuye á las profecías y sugerencias del ministro Jurieu, el cual desde el fondo de la Holanda, escitaba con sus fogosos escritos el celo de los protestantes, enviaba emisarios, no hablaba sino de venganza; y haciendo siempre profecías que los hechos desmentian constantemente, habia calculado que el medio mas eficaz para realizarlas era de armar á sus partidarios, é inspirarles su fanatismo. De aquí tantas provocaciones violentas que hasta repugnaban á los mas discretos protestantes, sin que por otra parte se atreviesen á contrastarlas, temerosos de irritar á un hombre que todo lo podia en su partido. Muchos fueron los dispuestos á ayudarle en la ejecución de sus proyectos turbulentos. A fin de facilitar su buen éxito se estableció en Génova una academia de ministros refugiados, desde la cual se enviaban de vez en cuando predicadores en lo interior del reino. Concíbese fácilmente lo que podian ser las exhortaciones de estos hombres, nutridos en el odio al gobierno, y exaltados por el impetuoso celo de Jurieu y comparsa.

¹ Brueys, *Historia del Fanatismo de nuestros tiempos*.

Dícese que esta misma academia habia encargado á un tal Du Serre, ardiente calvinista, el establecimiento en el Delfinado de una escuela de profetas. Du Serre escogió quince muchachos y otras tantas muchachas de la campaña, á los cuales juzgó sin duda muy á propósito para sus designios. É imbuyóles su doctrina, les calentó los cascos, y despues de haberlos formado para este oficio, y haber tentado algunos ensayos, pretendió inspirarles el Espíritu Santo, les sopló á la boca con ridículas ceremonias, y los despidió muy pagados del alto honor que acababan de recibir. Entonces estos pseudo-profetas se dispersaron por diferentes partes. Contábase entre los discípulos de Du Serre esa pastora del Cret, á quien Jurieu predicó largo tiempo como una profetisa, hasta despues que ella misma confesó sus imposturas, habiéndose reunido sinceramente á la Iglesia. Muchos otros se esparcieron por el Vivarais y las Cevenas, donde hallaron partidarios. Celebrábanse asambleas, donde predicaba el profeta, profetizando y acompañando sus discursos, de convulsiones, éstasis, y todo cuanto podia contribuir á la seducción de gentes tan groseras como crédulas. Propagáronse rápidamente la ilusion y el fanatismo; el don de profecía se comunicó á otros muchos; todo el mundo queria estar inspirado; hasta los niños aspiraban á este honor. Formábanse corros numerosos, donde seducian los impostores á la multitud con sus declamaciones, al propio tiempo que la deslumbraban con su prestigio.

Pretendian saber las cosas mas secretas, y se iban todos en convulsiones y zancadas. Inflamaban en fin los ánimos, y atizaban de esta suerte el fuego de la revuelta con sus predicaciones. Necesario fué ya recurrir á la fuerza para disolver estos corrillos. Mas en 1701 se acrecentó el mal considerablemente en las Cevenas, pais áspero y montañoso, considerado de antemano como el lugar mas á propósito para establecer el foco de la sedicion en él. Aumentóse de una manera prodigiosa el número de los inspirados, no viéndose ya sino asambleas fanáticas, donde no se hablaba mas que de venganza, y exasperando con ellas á los sencillos aldeanos que ya estaban descontentos. Bien pronto se echaron de ver los efectos de sus provocaciones. El 24 de julio de 1702, un grupo de protestantes se lanzó contra la habitacion del abate del Chayla, arcipreste de Mende é inspector de las misiones en Pont-de-Montverd. Fué degollado este infeliz de la manera mas bárbara. Complaciéronse los asesinos en hacerle cincuenta y dos heridas, las veinte y cuatro mortales. Un presbítero y otras dos personas de su casa fueron asesinados á par de él. Este mismo grupo se marchó en seguida á dar la muerte á dos sacerdotes de las parroquias vecinas. Dícese (porque no queremos disimular nada) que el abate del Chayla, á mas de su calidad de misionero, por lo cual se habia hecho odioso á los protestantes, se habia atraído aun su encono por su severidad contra ellos, y esta acusacion, consi-

gnada en las historias de su partido, no ha sido enteramente desmentida por los autores católicos. Como sea, estos asesinatos fueron la señal de la guerra. Animados los asesinos con este éxito glorioso, se abandonaron á nuevas hazañas. Apoderáronse de un castillo vecino, degollaron á todos sus habitantes, y, habiendo encontrado armas en él, engrosaron su turba, formaron otras muchas, reconocieron gefes y empezaron sus escursiones. El 13 de agosto degollaron á un hidalgo protestante convertido. Las iglesias ardieron desde luego, recibiendo de manos de estos foragidos la muerte muchos curas y misioneros. Asesinábanse católicos á quienes no tenian que reprender sino su celo, y hasta á indefensas mugeres; y en poco tiempo se volvió esta desdichada comarca teatro de furores, de incendios y de carnicería. Un escritor nada sospechoso ¹ refiere que solamente en el mes de enero de 1703 quemaron los revoltosos cuarenta parroquias, castillos ó casas, y asesinaron mas de ochenta personas. Era este autor protestante: su pretendida *imparcialidad* no se halla por otra parte sino en el título de su obra. Nunca le faltan razones para excusar á los suyos, y se burla alegremente, en muchos pasages, del espanto de los sacerdotes á quienes hacia huir á las ciudades la noticia de la

¹ Court de Gebelin, padre del autor del *Mundo primitivo*, en la obra titulada: *Historia de los disturbios de las Cevenas, ó de la guerra de los Camisardos*, por el autor del *Patriota francés imparcial*; Vllafranca, 1760, 3 vol.

mortandad de sus cofrades. No entraremos á par de él en los pormenores de esta guerra, horrible por una y otra parte, puesto que las crueldades de la una, dieron margen á las represalias de la otra. Recurrióse á los suplicios para espantar á los rebeldes, y bien pronto fueron las Cevenas un teatro de atrocidades sangrientas y ejecuciones rigurosas. Tal fué el fruto del entusiasmo y espíritu de partido. Una muchedumbre ciega volaba al combate en pos de sus falsos profetas, decidiendo estos todo lo que se necesitaba hacer. A ellos debe achacarse la suerte de los prisioneros, puesto que su boca hipócrita apelaba á la sagrada Escritura para ordenar el asesinato de los católicos, la rapiña de sus campos, y el incendio de sus iglesias y casas. Anduvieron sus escesos tan allá que un sínodo estrangero les escribió, reprendiéndoles sus crueldades: ni por eso dejaron de proseguir en sus desórdenes. Llamaron á su socorro las potencias estrangeras y los Ingleses hicieron algunas tentativas para mandarles refuerzos. Por último, despues de haberse sostenido bastante tiempo, se vieron precisados á ceder á la fuerza de las tropas que fueron contra ellos bajo las órdenes de los mariscales de Montrevel y de Villars, el último de los cuales consiguió la sumision de algunos gefes. Cavalier, uno de los primeros, se reconcilió y retiró poco tiempo despues en Inglaterra, respirando al fin el Languedoc despues de tantos desastres. En 1705 se temió que renaciesen estos disturbios. Había de estallar otra

revuelta, el 15 de abril, concertada entre algunos gefes de los Camisardos que habian entrado secretamente en Francia. No se proponian nada menos que sublevar todo el Languedoc entero, entrando ya en su complot una multitud de protestantes. Llegó esto á noticia del duque de Berwick, el cual mandaba á la sazón en el pais. Prendióse á muchos culpables, y hubo un grande susto, cuando sus revelaciones dieron á conocer la estension del peligro que habia corrido. El autor protestante á quien hemos citado ya se queja de los rigores que se emplearon contra los conjurados, y habla mucho, en esta ocasion, de tolerancia. Mas ¿debía tolerarse á los foragidos que habian perpetrado ya tantos crímenes, y que á no conjurar sus proyectos, iban todavía á sumergir una gran provincia en un abismo de disturbios, volviendo á encender una guerra tan sangrienta? En 1706 y 1709 hubo tambien algunos desórdenes y revueltas parciales, en las que perecieron muchos sacerdotes; por cuanto eran estos el principal blanco del encono de los sediciosos, y cuando caian en sus manos eran degollados sin dilacion, ó se les concedian algunos momentos de vida solo para darles tormento y hacerles espirar lentamente en los suplicios bárbaros que á propósito inventaban. Toda la historia de este tiempo atestigua tamañas crueldades, y puédense ver curiosos pormenores acerca del afflictivo estado de estas comarcas en las cartas de Flechier, obispo de Nimes. Este piadoso y caritativo prelado deplora

en ellas de una manera afectuosa las desgracias de la Iglesia y las de la humanidad, y todo lo que dice de los protestantes tiene tanto mas peso, cuanto es conocida su moderacion é indulgencia para con las personas, y quanto se sabe que desaprobó algunas medidas de rigor empleadas en ciertos encuentros de comandantes particulares, medidas que él juzgaba tan poco conformes al bien del Estado como al espíritu de la religion.

— El 29 de setiembre, ordenanza de M. Bossuet, obispo de Meaux, contra una traduccion crítica del Nuevo Testamento que acababa de parecer. El autor era Ricardo Simon, presbítero conocido por la singularidad y osadía de sus opiniones. Era muy instruido y habia trabajado mucho sobre la Escritura Santa. Pero parece que la habia estudiado mas en los escritos de los protestantes que en los comentarios de los Padres, de los que se cree aun hacia poco caso. Con este modo de ver, su traduccion debia tener muchos defectos, y la reputacion del autor no podia menos de hacerla mas peligrosa aun. El cardenal de Noailles, arzobispo de París, fué el primero que la combatió por una ordenanza del 15 de setiembre. Algunos dias despues M. Bossuet dió la suya, en que prohibia leer ó retener el libro, tanto la prefacion y traduccion como las notas, « como que eran respectivamente, la traduccion, infiel, temeraria y escandalosa; y las notas igualmente llenas de esplicaciones temerarias, escandalosas, contrarias á la tradicion, peligrosas

en la fe, é inductivas á error y heregía. » Tal era el juicio del ilustre prelado, en donde se advierte, por decirlo como de paso, un ejemplo de las condenaciones *in globo* por las que solo se aplican las calificaciones en general. Este sabio obispo no creyó sin duda esta forma de censura tan desrazonable é injusta como se ha querido hacer creer despues, y es bien facil ver á M. Bossuet declararse en la práctica por una suerte de juicio usado de mucho tiempo á esta parte en la Iglesia. A su ordenanza juntó instrucciones en que se halla la misma solidez que en las demas obras suyas. Daba en rostro á M. Simon con haberse dejado llevar á una crítica atrevida, despreciar las esplicaciones de los Padres, adherirse con una afectacion señalada á las de los protestantes y socinianos, favorecer sus errores, y alterar en muchos lugares los pasages mas claros, y los sentidos mas comunmente seguidos. Algunas de sus notas eran en efecto de una temeridad muy singular. Así que, por limitarnos á un solo ejemplo, sobre estas palabras: *José era justo*, ved la glosa de M. Simon: « justo se toma aquí por bueno, cómodo, equitativo, dulce; de manera que el evangelista ha querido indicar por ello que José era un buen marido. » ¿Puede alterarse de una manera mas irrisoria el elogio que de José hace el Sagrado Testo? Por lo demas M. Simon no se rindió, y sostuvo su traduccion con algunos escritos que se hallan refutados en las instrucciones de M. Bossuet.